

TERCERA PARTE

El cuarto de Malvina en la rústica vivienda de Don Pedro. En el fondo ventanal abierto sobre el jardín y una arquilla, sobre la cual habrá un gran retrato de Don Pedro. A un lado una puerta de ingreso. Al otro una puercecita y un reclinatorio. Flores sobre los muebles.

Nicodemo y Malvina estarán hablando, mientras Malvina adereza un jarro de flores sobre la arquilla, debajo del retrato de su padre.

MALVINA

Decís...

NICODEMO

Que tengo dentro el sentimiento
y no viene á mis labios la palabra,
que me conozco bien y que no acierto
á explicaros, por más que le doy vueltas,
lo que yo soy y lo que ser querría...

MALVINA

Comparando tal vez...

NICODEMO

No me es posible
hacer comparaciones, porque siempre
viví tan retirado...

MALVINA

Por ejemplo,
comparáos con Diego...

NICODEMO

¡El! Diego ha muerto...

MALVINA

Yo le recuerdo bien; yo iré pintando
como fué Diego y como pudo ser.

NICODEMO

¡Siempre esa misma idea en vuestro espíritu
y ese nombre grabado en vuestros labios!

MALVINA

¿Os importa quizás que los olvide?

NICODEMO

Os importara á vos; porque están siendo
gusano roedor de vuestra vida.

MALVINA

Llama, decid más bien, de la sagrada
lámpara de mi espíritu. Don Diego
abrió los ojos sobre la ancha tierra,
y espléndido de amor la quiso toda.

NICODEMO

Yo apetezco tan sólo el cerco estrecho
donde sembrar lo que recojo.

MALVINA

¡Diego
obrando mal, no aprovechó del mal;
sus crímenes lo fueron, porque osaba,
sin moverse de aquí, retar al cielo!

NICODEMO

Yo no hago el bien ni el mal; hago tan sólo
lo que es mi bien ó lo que el bien me aumenta.

MALVINA

Diego se hundió en la sombra, porque quiso
abrir un hueco en ella con su acero.

NICODEMO

Yo en la sombra viví, porque desde ella
pude observar sin que me viera nadie.

MALVINA

Diego amó el oro para darlo al mundo.

NICODEMO

Yo estrujé al mundo hasta sacarle el oro.

MALVINA

Diego, lejos de mí, no de mí, lejos
de estos sitios de paz, con sombra de árboles,
correr de fuentes, florecer de flores,
y misteriosa plenitud de vida,
puso en Teodora el fuego de su espíritu;
y enamorado de ella, al verse en ella,
como gota en el mar, el alma suya
se disipó en el alma profanada
de la esposa de Dios: fué como siempre,
la tentación secreta de lo Eterno...

NICODEMO

Y yo, lejos de vos, no de vos, lejos
de estos sitios de paz, con sombra de árboles,
correr de fuentes, florecer de flores,
y misteriosa plenitud de vida,
sólo he pensado en regresar un día
á vuestros pies, no á vuestros pies, al sitio
que huellan sin injuria vuestras plantas.
Yo al lado de Don Diego... ¿á qué ocultaros
cuando lo adivináis, lo que ya siento
con fuerza tal que tiemblan mis palabras?

Yo al lado de Don Diego, no he tenido
más pensamiento que alejarlo siempre
de vuestro amor; más plan que hacerlo indigno
de vuestra voluntad. Si amó á Teodora,
yo fui la tentación que en la profesa
suscité al Dios que fascinó á Don Diego;
si vino á vuestros brazos, fué tan sólo
porque yo le empujé, para que al verlo
indigno de ellos, implacablemente
lo rechazáseis vos; si un día, grande
con plenitud de dicha entre los grandes,
la parricida espada de Don Diego,
arrancando la vida á vuestro padre,
entre su amor y el vuestro abrió un abismo,
por la primera vez, yo, el hosco, el triste,
abrí los labios y bendije al mundo...

MALVINA

Añadís más dolor á mis dolores,
y destrozáis mi pecho amargamente.

NICODEMO

Lo habéis querido vos; vos que, implacable,
sabéis también aderezar dolores
y destrozár mi pecho amargamente.
¡Un gesto de piedad! ¡una mirada
de compasión, Malvina! ¡Habéis tenido
piedad para Don Diego, que os vendía,
y sois cruel conmigo, que os adoro!
¡Los crímenes de Diego hallan disculpa
á vuestros ojos; lógrenla los míos
en el amor que locamente os tengo!

MALVINA

¡Disculparon á Diego sus grandezas
y su atrevido vuelo á lo divino!
¡Fuera egoísta y bajo disculparos
á vos, porque me amáis á mí, tan sólo!
Me ofende vuestro amor: sobre las rocas
verdes de musgo, innoblemente yacen
ébrios de amor y quietos, los reptiles...

NICODEMO

Ved que es voluntad mía haceros mía,
y que mi voluntad es poderosa.

MALVINA

¿Me amenazáis?

NICODEMO

Os aconsejo sólo:
ha muerto vuestro padre; vuestros deudos
triumfan alegremente entre esplendores
de palaciega pompa allá en la corte;
las tierras que pisáis ya no son vuestras.
¡Sola estáis, desvalida, sin amparo,
en la tormenta desigual del mundo!

MALVINA

¡Mi voluntad me ampara y me corona
la victoriosa luz de mi recuerdo!

NICODEMO

¡Es poco!

MALVINA

¡No deshonra!

NICODEMO

Yo te ofrezco
calma gustosa, bienestar constante
y una ventura sin zozobra.

MALVINA

¡Es poco!

NICODEMO

¿Todavía esperáis?

MALVINA

¡Hasta la muerte!

NICODEMO

¿No está muerto Don Diego?

MALVINA

¡Hasta el milagro!

NICODEMO

Hay algo extraño en vuestro sér, Malvina.

MALVINA

Hay vida... ¿conocéis mayor misterio?

NICODEMO

¡No basta! hay algo oculto que os sostiene
y os aparta de mí. Yo he de encontrarlo.

MALVINA

¿Y si fuera una sombra?...

NICODEMO

¡Ah, no! ¡no hay sombra,
sin cuerpo ó realidad que la proyecte!
¡Te has vendido, Malvina, un plazo breve,
el plazo de esta noche, y serás mía!

Sale envuelto en una capa negra.

MALVINA

Te has vendido también. ¡Don Diego vive!
¡Luces aquí! ¡más luz, más luz Marcela!

II

En el mismo sitio Marcela entra con
luces.

MARCELA

¿Llamáis, señora? ¿Qué pasa?

MALVINA

¡Más luz! ¡la verdad ansío!
Cansada estoy ya Marcela,
de este vivir intranquilo.
¿Ha muerto Diego ó no ha muerto?
¿Fué Don Diego el recogido
con el pecho atravesado
en el convento sombrío?
¿Fué el que bizarro y siniestro,
enamorado y maldito
resuelto y contradictorio
á buscar mis brazos vino?
¿Fué el amante de la monja,
fué sólo el esposo mío?
¿Mató á mi padre? ¿serían
estratagema ó designio
de Nicodemo su muerte
y mi espantoso martirio?

MARCELA

¿A qué inquietaros señora
con tan negros desvaríos

que si el dolor os renuevan
os retardan el alivio?
Ese Nicodemo es hombre
de segar en flor el lino
de vuestra vida, señora:
siempre que le habláis, el juicio
sembrado os deja de dudas
y los ojos de delirio...

MALVINA

¡No, no es él, Marcela, no!
soy yo misma; está en mi espíritu
la causa de mis zozobras,
que hoy acabar determino.
Acércate, ¿no dirías
que en el jardín se oyen ruidos?
Acércate: hace dos noches,
cuando mi cuerpo, rendido,
quiere buscar en el sueño
calma para los sentidos
y alas para que despliegue
su fácil vuelo el espíritu,
oigo que crujen las ramas
de los árboles; que un ruido
de pisadas misteriosas,
á los pies del balcón mío,
á veces se acerca tardo
y á veces se aleja tímido...
Dejo el lecho: por las grietas
de los ventanales miro
y claramente le veo
y claramente imagino
que está moviendo las hojas
el aire de sus suspiros.
Tiene más baja la frente,

más oscuros los vestidos,
menos revuelta la capa
y el sombrero más caído.
Pero es Don Diego, Marcela,
que vuelve por mí; es él mismo.
Llega á mi cuarto: atraviesa
los ventanales sombríos,
y con sus brazos me cife,
y le envuelvo con los míos. . .
Todo lo que ha muerto en mí
cobra de nuevo sus bríos
y á la vista de Don Diego
se hace bello y se hace vivo.
Y vuelvo con calor dulce
á notar que mis carrillos
truecan en sangre de rosas
las dos muertes de sus lirios.
Y mis dos brazos se curvan
como sarmientos que, al tibio
calor de un hogar, se encogen,
trazando abrasados círculos;
y mi corazón duplica
con violentos latidos
la corriente de la vida
por todos los miembros míos,
y en mi seno—hasta hoy estéril—
presiento, dolor bendito,
milagro oculto de amor,
un peso desconocido...

MARCELA

Malvina: es cosa que enfada
veros tan fuera de quicio,
por sólo un murmullo de hojas

que habrán los aires movido.
¡Serenáos: dad los muertos
y las penas al olvido!

MALVINA

¡Don Diego vive!

MARCELA

¿Y Don Pedro?

MALVINA

¡Fatalidad! ¡Padre mío!

Transición.

¡Por eso he determinado,
Marcela, que estos suplicios,
pues, de prolongarse, al cabo
acabarían conmigo,
ganando en la violencia
lo que de tiempo les quito,
hoy, en bien ó en mal, den cuenta
á los cielos de mi espíritu!

MARCELA

¿Queréis?

MALVINA

Cerciorarme quiero
de si es verdad lo que he visto.
¡Bajaremos al jardín

esta noche; necesito,
si Diego vive, mirarle,
oir de su labio mismo
otra vez, la última ya,
que me adora! necesito
decírselo yo también;
y moriré, padre mío,
de tu sangre redimiéndole,
con el ánimo tranquilo.

Salen las dos.

III

Rincón muy temeroso del jardín.
Grandes árboles. Estamos al pie de los
ventanales encendidos de la casa.

NICODEMO

¡Por aquí!

TEODORA

¡Sitios de ventura odiados
donde, fuera de mí, gozó Don Diego!
¿Llegamos ya?

NICODEMO

La casa está delante:
tras este ventanal sueña Malvina.

TEODORA

¡Eternamente
la misma sombra, Don Diego,
sobre el atrevido fuego
que coronaba tu frentel

DON DIEGO

¡La monja otra vez!

TEODORA

No hay modo
de escapar, Don Diego, ahora,
que la monja Teodora
tiene de su parte á todo;
á Dios, con su maldición
bajo la que envuelto estás;
con su triunfo, á Satanás
que goza en tu perdición;
con su inconstancia, á la suerte
que hundió en la sombra tu fama;
con su belleza, á tu dama
que te acelera la muerte.
¡Todos, fundiéndose en mí,
nublados en tempestad,
con toda la eternidad
para dar cuenta de tí!
Pacto de amor y dolor,
Don Diego, ha tiempo sellamos
cuando por Cristo juramos
vivir en muerte de amor.
¡Ni tus desdenes resisto

ni veo tu gesto ardientel
¡Marque de una vez tu frente
la diestra airada de Cristo!

DON DIEGO

¡Así! ¡La lengua sin freno
publique una vez Teodora,
toda la desoladora
malicia de tu veneno!
Así; la rígida mano
vibre, con fuerza suprema
sobre mi dolor humano,
el fuego de tu anatema.
No te basta osar á Dios
con espíritu lascivo,
y traerlo al mundo vivo
para que os gocéis los dos;
un gran vacío sin nombre
sientes en tu celda fría
y bajas la vista un día
al noble gesto del hombre.
Y avergonzada después
de tu pecador deseo,
suspenderlo, por trofeo,
quieres, de Cristo á los pies.
¿Recuerdas? Un beso ansié
estampar sobre tu boca
y en los pliegues de tu toca
con la cruz me tropecé...

TEODORA

Que ibas á Dios te advertí,
yendo de mi amor en pos.

DON DIEGO

Pues, ¿me pesaría á mí
de haberme hallado con Dios?
¡Dios es luz, vida, camino,
todo fe, todo verdad!
¡Dios es, en la eternidad,
un Don Diego á lo divino!
Pude por desprecio ayer,
en busca de más delicias,
ó rechazar tus caricias
ó desdeñar tu querer.
¡Pero hoy, no! Diego ha vivido
sin oro, pompa ni dama;
ha visto hundirse su fama
en la afrenta del olvido.
Y sólo consigo mismo,
lozana, fresca, encendida,
he visto surgir la vida
de las sombras del abismo.
¡Ella ha marcado mi frente
con las brasas de sus besos;
llevo sus labios impresos
en mi espíritu valiente,
y en su torrente de luz
veo anegarse, deshecho,
tu amor, que lleva en el pecho
las manos puestas en cruz!

TEODORA

Vé que da fuerza suprema
al ímpetu de mis manos,
con sus fuegos sobrehumanos,
el rayo del anatema.

DON DIEGO

Vé que da impulso mayor
á las plantas de Don Diego,
con su poderoso fuego,
la tempestad del amor.

TEODORA

¡Callad; que es torpe vileza
indigna de caballero,
pues traición la considero,
publicar vuestra torpezal

DON DIEGO

¡Callad vos! que es acción santa
jactarse de ser querido,
cuando el amor se levanta
para triunfar del olvido.
Cuando redentor y fuerte,
largo en frutos, rico en flores,
arroja sus resplandores
en la noche de la muerte.

TEODORA

¡Dichoso sois!

DON DIEGO

¡Porque espero!

TEODORA

¡Pobre esperanza!

DON DIEGO

¡Mayor
que la del cielo, y mejor;
que mi cielo es lo que quiero!

En el fondo se oye la voz de Malvina.

MALVINA

Desde lejos.

¡Don Diego!

TEODORA

¡Qué voz!

DON DIEGO

Es ella.

TEODORA

¡Ella, y por segunda vez
humillará mi altivez
porque es dulce y porque es bella!

DON DIEGO

¡Malvina! ¡pasos! ¡dejadme!

TEODORA

Le sujeta los hombros con las manos.

¡Teneos atrás! no quiero.
Podéis, señor caballero,
serlo hasta el final: matadme.

DON DIEGO

¡Teodora, pues no sentís,
no os apiadáis de mi fuego!

TEODORA

¡Soy de cenizas, Don Diego!

DON DIEGO

Y con ellas me cubrís.
¡Apartad!

TEODORA

¡Atrás!

DON DIEGO

¡Teodora,
ved que puedo, en mi pasión,
perdiendo juicio y razón,
deshonrar mi vida ahora!
Ved... ¡No, jamás! ¡Armas mías,
fina daga, limpio acero.

si os ciño por caballero
no me amparéis villanías!
Tomad: sin armas estoy,
¡Malvina en la sombra espera!
¡Pues véis á qué vida voy,
no toleraréis que muera!

*Nicodemo, surgiendo de la sombra,
con la espada desnuda.*

NICODEMO

¡Herid!

DON DIEGO

¡Qué voz! ¡no! ¡mi espada!
¡á tí sí, víbora ruin,
serpiente vieja, por fin
puedo mirarte aplastada!

*Cuando Don Diego va á levantarse,
empuñando la espada, Nicodemo le
atraviesa el pecho.*

NICODEMO

¡No á fel! ¡que quieren los cielos
dar más alcance á la mía:
te mata en mi bastardía
el vicio de tus abuelos!

*Malvina viene seguida de Marcela y
acompañamiento de luces.*

DON DIEGO

¡Soy muerto!

TEODORA

A Nicodemo.

¡A vos, maldición!

NICODEMO

¡A vos, que lo sentenciásteis!
¡yo le llegué al corazón
porque vos le desarmásteis!

*Malvina en este momento advierte
el espantoso cuadro y Don Diego,
levantándose con la mano en el pecho, la
ve venir á él.*

DON DIEGO

¡Malvina!

MALVINA

¡Diego!

Se abrazan.

DON DIEGO

¡Pensaban
que separarnos podrían!
¡de mi ventura dudaban
porque no te conocían!

MALVINA

¿Qué ha sucedido? ¿qué es esto?
¡Sangre! ¡Se muere! ¡Explicad!...

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1980, 1923 MONTENEGRO, MEXICO

TEODORA

¡Fué divina voluntad!

NICODEMO

¿Pues no lo véis manifiesto?

MALVINA

¡Diego!

DON DIEGO

Malvina aquí. Toda
mi existencia se hace clara,
el Eterno me depara
por fin, mi día de boda.
Las hachas allí encendiendo,
en la noche rojas flores;
sigan los pajes, haciendo
música á nuestros amores...
Malvina, ¿tanta alegría
no es á la vez un tormento?
¿Suena á entierro ó casamiento
la vaga campanería?

MALVINA

¡Descansad, Diego! ¡Ayudadme,
si hay piedad en vuestro pecho!
Marcela dispón un lecho
donde tenderlo: ayudadme!

DON DIEGO

Quando se acercan Nicodemo y la
monja para ayudar á Malvina á trans-
portarlo.

¡No! atrás las negras visiones.
¡Religión de muerte, atrás!
Nicodemo ¿á dónde vas,
por tan excelsas regiones?
¡Se detienen! ¡yo prosigo!
Ya tocó el etereo polo.
¡Ya el hidalgo marcha solo,
sin la monja ni el mendigo!
¡Me han herido! ¡muerto soy!
¡Mi corazón, por Malvina!
Como un castillo se arruina
mi voluntad. ¿Dónde estoy?

MALVINA

¡En mis brazos! ¡sosegaos!
¡os han herido! debéis
estar tranquilo.

DON DIEGO

¡Queréis
que tenga sosiego el caos!
Malvina escuchad, apenas
una palabra y descanso:
siento que un reposo manso
me está enfriando las venas.
¿No soñastéis, por ventura?...

MALVINA

Una noche...

DON DIEGO

¿Verme á mí?

MALVINA

Volver...

DON DIEGO

Y besarte así...

Le besa la mano.

MALVINA

¿Todo, entre la sombra oscura?...

DON DIEGO

Y que en mis brazos cañas...

MALVINA

¡Y gimiendo me abrazabas!

DON DIEGO

¿Y que en mí más te gozabas
y que el sueño bendecías?

MALVINA

¡Y hasta que muera Don Diego
mi sueño bendeciré!

DON DIEGO

Luego, con mayor sosiego
el sueño os revelaré..
Ahora responde: ¿es verdad
que no morirá el hidalgo
que, punto de fuego hay algo
vivo aún, en mi heredad?

MALVINA

Su dulce peso me oprime...

DON DIEGO

¡Callad! los cuervos nos miran,
se multiplican y giran
sobre él, porque me redime.
¡Atrás! ¡dejadme ampararle
con la espada, con las manos
atrás, matadme inhumanos;
pero no oséis atacarle!

TEODORA

¡Sea tu condenación
este sempiterno anhelo!
¡Muere, sin llegar al cielo
con frutos de bendición!

DON DIEGO

¡Atrás!...

Cae.

NICODEMO

Se extinguió la llama.

MALVINA

Don Diego, ¿los ojos cierras?
¿has muerto? ¡mi voz te llama!

DON DIEGO

¡No! ¡parto á lejanas tierras
á combatir por mi dama!

FIN

Cadaques, Junio 1900.

NOTAS